

EL RECTOR DE LA IGLESIA NACIONAL ESPAÑOLA DE SANTIAGO
Y MONTSERRAT SE COMPLACE EN INVITARLE A LA CONFERENCIA
QUE SOBRE EL TEMA

EQUILIBRIO EUROPEO E IMPERIO CAROLINO:
DE LA DIPLOMACIA ARAGONESA A LA DIPLOMACIA HISPÁNICA

PRONUNCIARA EL PROF. JAIME VICENS VIVES, CATEDRATICO
DE LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA, DIRECTOR DEL CENTRO DE
ESTUDIOS HISTORICOS INTERNACIONALES Y DEL "INDICE HISTO-
RICO ESPAÑOL., EL DIA 5 DE FEBRERO, A LAS 6.30 DE LA TARDE.

Revolución. Entre 1545 y 1555 Carlos V se ha convertido en el
héroe, es el hombre que ha cumplido una misión universal.
País y emperador se confunden. Carlos V ~~inmensamente~~
~~propósito de~~ decide buscar república en España }
España lo cree naturalmente es un reus.

Finalmente:

EQUILIBRIO EUROPEO E IMPERIO CAROLINO: DE LA
DIPLOMACIA ARAGONESA A LA DIPLOMACIA HISPANICA

El año que acaba de concluir ha estado dedicado a la conmemoración del César Carlos V. Así como otros Centenarios suelen pasar olvidados, el de Carlos V ha sido bien aprovechado. De acuerdo con la variedad de sus dominios y la diversidad de los pueblos que formaron su Imperio, se le ha tributado un homenaje internacional. He tenido el privilegio de asistir a las principales manifestaciones conmemorativas entre las ~~que~~ cuales han cobrado singular brillo las que le han dedicado la Universidad de Colonia, el Centro de Investigaciones Científicas francés, en colaboración con la Asociación española de Ciencias Históricas, y las que le han dedicado diversas instituciones españolas. Los principales especialistas de la historia de la economía y de la cultura de la época carolina, entre los cuales he de señalar a Menéndez Pidal, Carande, Braudel, Bataillon, Verlinden, Rassow y Chabod, han tenido ocasión de reunirse ~~en un momento de diálogo~~ y dialogar ampliamente sobre el tema. Han examinado la figura de Carlos V desde todos los puntos de vista, desde su intimidad psicológica al plano económico, intelectual y estratégico de su Imperio. De este modo, con la más completa libertad, se ha logrado llegar hasta los pliegues más recónditos de una persona y de una época de tan extraordinario interés para todos los pueblos europeos. A mi juicio la principal aportación que se ha hecho al estudio del César es el de la multiplicidad de la ópticas y de las mentalidades nacionales, a lo que ha permitido desde el primer momento de percibir que no se trataba de una figura ~~monolítica~~ monolítica, sino que existían en ella multiplicidad de aspectos que respondían a las versiones particulares de cada territorio o de cada país sujeto a su dominio, ~~por las influencias~~. También se ha puesto de relieve otro hecho característico, sin el cual es imposible en la actualidad ~~hacer~~ hacer progresos en la historiografía de ese tiempo: la distinta virtualidad de la idea imperial carolina según el tiempo y el lugar desde el que se le examina. Y finalmente, conclusión importante, que aún sabemos muy poco sobre su contextura psicológica, sobre la intimidad de los resortes temperamentales y espirituales del hombre que un día tuvo en sus manos las grandes decisiones religiosas y políticas en un mundo afectado por un profundo cambio de cultura.

Uno de los temas que apenas ha sido malogrado es de la herencia geopolítica de Carlos V, o sea el conjunto de tradiciones diplomáticas y de situaciones de hecho que motivaron la Real Política del emperador. Ciertamente, en alguna que otra ocasión se ha ha-

blado de Fernando el Católico y de la tradición diplomática catalanoaragonesa, y aún también del emperador Maximiliano, como representante de los intereses de la casa de Borgoña. Pero se ha olvidado entre otras, la figura de Alfonso el Magnánimo, cuya actuación en Italia es un precedente obligado para la comprensión de los intereses que intentó dilucidar cien años más tarde Carlos V. Alfonso no ha tenido la conmemoración centenaria de su descendiente. Murió en 1458, justamente un siglo antes de Carlos V. La celebración de su figura estuvo deducida a un núcleo valenciano. Y aún se hizo en pormenor a pesar de la vinculación de aquella ciudad a la figura de El Magnánimo. Por fortuna, hacía tres años que el IV Congreso de Historia de la Corona de Aragón, reunido en Palma de Mallorca, ~~xx~~ le había dedicado una atención referente, lo que nos exime en parte de la responsabilidad que todos hemos recaído....

. . .

Alfonso el Magnánimo. El inquieto personaje del Mediterráneo a mediados del siglo XV. Es un caballero castellano, instruido, deseoso de gloria y de aventuras. Alzado muy pronto a la soberanía aragonesa, recorre la ruta de las empresas realizadas por sus antepasados, los Reyes catalanes de la Casa de Barcelona, con el irresistible ímpetu que Castilla ~~imprime~~ empieza a imprimir en todas sus cosas. Esta es la interpretación tradicional, la que nos llega de los ecos de las investigaciones de un Pontieri en Italia o de un Soldevila en Cataluña. Ese castellano habría dado a la prudente expansión catalanoaragonesa el sello imperialista de Castilla. ¿Será eso verdad? No se tratará de un mito forjado mucho más tarde ante la sugestión de las empresas españolas en Europa y América durante los siglos XVI y XVII ¿No sería mejor aproximarnos a su obra ~~existencia~~ diciendo que avanza por la senda de la historia atraído y dominado por la depresión creada por la inestabilidad política italiana? Más que sus actos, es la coyuntura italiana la que le lleva a Nápoles. Y después de muchos trabajos, Nápoles, la ciudad y el reino, serán suyos (1442) y allí establecerá su corte, en testimonio de la posición clave que adquiere la ciudad en el centro de los designios mediterráneos de la Corona de Aragón.

He aquí a Alfonso V convertido en un posible emperador del Mediterráneo. De un lado la ruta de las islas, de Cataluña a Sicilia, eje tradicional de la hegemonía catalanoaragonesa en el mar occidental; de otro el flanco de Africa menor, sometido o aliado, a pesar de ciertos síntomas de recuperación berberisca provocados por la afluencia hacia aquellas costas del oro del Sudán; más allá, frente a los turcos, una política oriental basada en la defensa de las posiciones claves de la cristiandad, mediante un amplio abanico que se despliega desde Albania a Etiopía. Pero para remachar ese posible imperio a Alfonso le falta asegurarse el reino de Italia y éste, como le escribirá el duque Dionello de Este en 1445, radica en Milán. En un celebrado informe, le escribirá:

Havendo questo, la V. M. po dire d'averre la migliore parte d'Italia, e non è dubbio alcuno che la V.M. non sia re d'Italia

He aquí pues planteado el problema clave de toda la política del Magnánimo. El mismo problema con que tropezará y que habrá de resolver Carlos V. Detengámonos a considerarlo en sus principales aspectos.

Una azarosa circunstancia llevó a Alfonso el Magnánimo a Milán. Como es sabido en un momento de dramática lucha por el reino de Nápoles, la escuadra real catalanoaragonesa fue derrotada por la de los genoveses en Monza, (1435) la plana mayor de la aristocracia de ~~de~~ Aragón, Cataluña, Castilla, e incluso el mismo monarca cayó en poder de los vencedores los cuales, después de una breve estancia en el castillo de Génova fueron trasladados a Milán, cuyo duque Filippo María Visconti era en aquel entonces señor de los genoveses. ¿Nos hallamos ante un puro juego de la fortuna? desde luego no. En Monza, como en los sucesos inmediatamente posteriores en los que interviene el duque de Milán se nos revela el hecho importante: la hegemonía itálica interesa a los príncipes del norte de la Península. Y Milán no puede hallarse al frente del juego que se realiza. Es entonces cuando avanza como protagonista en la figura del duque Visconti que no sólo restituirá a Alfonso V en su libertad sino que también firmará con él el famoso pacto secreto de 1435 en cuya virtud, se intentaba establecer en Italia una hegemonía dual: ^{la de} Aragón al Sur de Bolognia; la de Filippo María al Norte. Ciertamente en esos tratos in-

vinieron tanto las necesidades financieras del duque de Milán, que cobró un buen rescate por su regio cautivo, como el deseo de asegurarse a través de su persona un inesperado y máximo condóctiero. Tampoco cabe desconocer el motivo sicológico que ha puesto últimamente de relieve el inminente historiador Dupré-Theseider: esto es el respeto hacia una realeza del viejo puño por parte del noble parvenu. Pero en la esencia del acto de 1435 hallamos revelada una constante política, que será piedra de toque de la diplomacia italiana durante cuatro siglos: el eje Milán-Nápoles en calidad de vertebrador efectivo de Italia.

Este hecho se revela no solamente en las palabras del duque d'Este a las cuales acabamos de referirnos, sino también en la atención creciente que Alfonso el Magnánimo, ya establecido en Nápoles, dedica a los asuntos de Milán, complicado con la indecisa sucesión del duque Filippo. Alfonso el Magnánimo se halla deliberadamente en Milán, representado por las fuerzas que apoyan la política del duque contra su yerno Francesco Esforza. Y no solamente están allí sus fuerzas, sino que su diplomacia logra un triunfo magnífico, ~~sin~~ aunque sin futuro, al obtener del duque de Milán la herencia del territorio para Alfonso el Magnánimo. Después de las investigaciones de Aure Javierre Mur no puede haber confusión sobre el particular: en 1447 Filippo Maria reconoció a Alfonso como sucesor suyo en el ducado de Milán. En el momento de su muerte la guarnición catalanoaragonesa intentó cumplir la última voluntad del duque, aunque sin éxito. Pero ello no quita importancia al pensamiento de Alfonso el Magnánimo sobre la posibilidad de establecer ~~ix~~ su hegemonía política en Italia a través de Milán.

Sin embargo, para comprender exactamente ese pensamiento nuestros ojos han de desviarse de Milán a Génova. Si Alfonso el Magnánimo ha deseado concertar la alianza con el duque Filippo ha sido teniendo presente el objetivo primordial de su política en el Mediterraneo occidental: la sujeción de Génova. Entre Barcelona y la ciudad de San Jorge la guerra, casi sin tregua dura ya más ^{de} cien años. Es la guerra de cien años del Mediterráneo, que no aparece en los manuales de historia, pero que es tan importante como la que simultáneamente se libra entre Inglaterra y Francia Desde 1328. Génova ataca a Barcelona y a lo largo de los cien años siguientes la lucha, con sus naturales ~~for~~ situaciones abarcará todo el Mediterráneo

La prepotente ciudad ~~de~~ era la principal adversaria de los reyes de Aragón y la aliada natural de los angevinos. En ella Alfonso el Magnánimo encontrará una hostilidad cerrada y a ella deberá el principal de sus desastres: el de Monza. Pero veinte años después su situación es desfavorable. Alfonso el Magnánimo no olvida y cuando en 1455 se firma la Liga itálica, que va a asegurar la paz en la Península gracias a un concierto entre las principales potencias italianas, Alfonso el Magnánimo se adhiere a ella excluyendo de la misma a Génova. De hecho ha logrado el aislamiento de la ciudad para la que se acercan momentos difícilísimos. Durante el invierno de 1458, ~~ex~~ la flota aragonesa ataca a Génova y está a punto de reducirla. Si Génova cae en sus manos Alfonso el Magnánimo será dueño indiscutible del Mediterráneo occidental y, de rechazo también lo será de Italia. Es por eso que puede afirmarse que Nápoles y Génova se hallan las bases del nuevo imperialismo aragonés. Y es por esta misma razón que el Papado en la figura del primer Borgia, Calixto III sobreponiéndose a los vínculos de amistad y de reconocimiento que le unían a Alfonso el Magnánimo hará lo imposible para hacer fracasar el empeño ~~del~~ Magnánimo. Ochenta años antes que Paulo III desengañara a Carlos V, el Papado se mostraba dispuesto a sobreponerse al empeño hegemónico de una potencia extranjera proclamando muy alto su deseo de mantener el equilibrio italiano como base de su independencia espiritual.

En estos últimos años, la política de Alfonso el Magnánimo es muy clara. Contra la Liga itálica, de la que es adherente forzoso y que plantea el problema de equilibrio italiano en un juego múltiple de principados, él prefiere una estructura efectiva de poder, el pacto tripartito que Ernesto Pontieri ha puesto de relieve. La alianza entre Milán, Florencia y Nápoles, he aquí su idea, el mecanismo diplomático ~~xxxxxxxxxxxx~~ que ha de asegurar la tranquilidad italiana y devolver la paz a la cristiandad. Y ante la repugnancia de los florentinos a seguir por este camino, establecerá la cordial entente entre Milán y Nápoles, que asegurará la corona a su hijo Ferrante.

Ideas que son el presagio de la futura política italiana de Carlos

Pero la presencia de Francia compromete esta obra. Es en estos momentos que reaparece en la escena mediterránea el gran rival que durante los cien años precedentes había estado retenido por Inglaterra en los ojos fijos al otro lado del canal de la Mancha. Francia tiene una partida inconclusa con Aragón en el Mediterránea desde la época de Luis IX y Carlos de Anjou. Una vez alejado el peligro inglés, venidas las últimas resistencias en Aquitania y Normandía se despliega el prepotente ataque de Francia. Y en pocos años se suceden el protectorado genovés, la arremetida contra Nápoles, la guerra de los Barones y la dramática acción para descoyuntar la corona de Aragón. De 1458 a 1462, primero, y de 1462 a 1480 los conflictos van sucediéndose de una a otra orilla mediterránea, generalmente como guerra civil y otras con estrechos vínculos internacionales. Es esta una guerra que tampoco aparece en los manuales de historia, escritos bajo el equívoco espejismo de la guerra declarada. Es cierto que la guerra apenas se declara. Pero en Nápoles, en Cataluña y en Castilla se juega una partida tan importante que muy pronto sacudirá toda la Europa occidental. Y a sí poco a poco entrarán sucesivamente en el combate Inglaterra, Borgoña, Suiza y la misma aristocracia francesa, preludiando despliegue de fuerzas características de los primeros años del reinado de Carlos V. La complejidad de la situación y sus rápidos cambios hacen destacar una figura casi legendaria: la de Luis XI tejiendo el hilo de araña de su complicada diplomacia. Pero contra la araña del norte, he aquí la araña del sur. No ya un ~~francés~~ Francesco de Sforza ni un Lorenzo el Magnífico ni un Ferrante de Nápoles, a pesar de que cada uno de ellos era realmente un genio en el diabólico arte de la diplomacia y del disimulo en el juego sucio. Nos referimos a Juan II de Aragón, el hombre viejo y ciego, que desde 1462 responde a las estocadas con otras estocadas. Pero él no se compromete como Luis XI en unas ^{lanza de} ~~contra~~ embajadas pactos y alianzas, que le quitan su misma libertad de acción. Juan II tiene un plan, un gran proyecto: trasplantar en el occidente de Europa el sistema de Ligas que ha conducido al equilibrio de fuerzas en Italia y han restituido la paz a la Península. Para ello es preciso contrarrestar la potencia francesa, y de este modo se dibuja la política cuyos rasgos maestros aclaró por vez primera Calmette: la alianza borgoñona y la alianza castellana, teniendo como complemento la antipatía inglesa respecto a Francia. El triunfo de Ferrante en Nápoles, la permanente cordialidad de Milán, completan el cuadro del cerco en que Juan II quiere encerrar la potencialidad

cialidad política de Francia.

Juan II no logra por completo su propósito. La alianza con Castilla ha provocado en aquel reino una guerra civil en la que tardará mucho tiempo en rehacerse. Lo mismo acaece con las fuerzas de la Corona de Aragón, que en último término ha tenido que ceder provisionalmente el Rosellón a Francia para salvarse. El desmoronamiento de Borgoña después de la muerte de Carlos el Temerario la guerra civil de las dos Rosas en Inglaterra acaban de mostrar la debilidad del plan diplomático aragonés. Como consecuencia de ello sobreviene en los últimos decenios del siglo XV la primacía de Francia en el occidente europeo y el desquiciamiento de la política de equilibrio italiano a partir de 1494. Francia alarga su mano hasta Nápoles, y no pudiendo mantener esa atrevida empresa apoyará su hegemonía en la Península en el ducado de Milán.

Por esta causa la política de Fernando Católico en Italia debe juzgarse de manera muy distinta a la que priva a una mayoría a los que echan un vistazo rápido a las páginas de los manuales de la historia. En Italia juega^a la defensiva, con prudencia, para rehacer lentamente la delicada situación que le ha legado su padre. Toda ~~supremacía~~ consiste en consolidar las ~~posiciones~~ posesiones tradicionales, en recuperar Nápoles y en asegurarlo mediante un tejido de Ligas más o menos poderosas y de guerras más o menos grandes. Detrás de él se halla un nuevo factor, de incalculables resonancias en el aspecto militar y mental de la inminente política italiana de Carlos V: el ejército de operaciones de Castilla, el ejército forjado en la lucha contra Granada que ha habituado rápidamente a la táctica y estrategia italianas. Este ejército no sólo actúa en el campo de batalla, sino que también piensa, tiene un criterio respecto a los problemas políticos pendientes. Este es el gran desconocido de nuestra historia actual. Y como veremos, un desconocido que también dijo su palabra, quizás la última y la más importante en la política europea de Carlos V.

La historia de veinte años, los que transcurren entre la expedición de Carlos IX y Francisco I es la historia de una irresolución, una serie de avances y retrocesos de alcance escasamente definido. Sería interesante detenernos en esete aspecto de la política internacional de Fernando el Católico y Luis XII de Francia. Pero la misma vaguedad de los contornos nos aleja de ella para retener simplemente lo esencial. Y ello es la presencia de Milán como nudo esencial del problema italiano. En Milán y desde Milán los franceses son dueños

de la situación italiana. Y de allí no pueden arrojarlos las fuerzas coaligadas de España, Venecia, Florencia y la Santa Sede ni la alianza de España con los Habsburgos que continúa y define la política de Juan II de Aragón respecto a la Casa de Borgoña. Francia es un hueso muy duro de roer pues su población su economía, su sistema administrativo, su incipiente administración la hacen el primer estado de Occidente capaz en cualquier momento de dismantelar una política de cerco. Evidentemente tiende la hegemonía en Europa y todos los signos confluyen en presagiar que va a adquirirla.

En este momento Carlos V aparece en la escena histórica de 1516 a 1519, en el corto espacio de dos años, ~~cuando empieza a salir~~ al salir de la adolescencia, reunirá bajo sus manos con la corona imperial un haz de territorios que por su riqueza y por su población cuentan entre los más importantes del centro de Europa, de una Europa que tiene planteados problemas esenciales: su equilibrio político, la disidencia religiosa que amenaza desde Alemania, la integración de la riquezas de los países recientemente descubiertos por España y Portugal en el complejo europeo, el asentamiento de un nuevo tipo de sociedad que surge lentamente de las entrañas de la antigua burguesía medieval ...

En estas circunstancias se comprende que Carlos V fuera saludado por un clamor unánime. Todos quieren hacer de él su héroe: luteranos y católicos en Alemania aristócratas y caballeros en Castilla, aristócratas nobles y agermanados en Valencia y Mallorca y las demás fuerzas sociales en Cataluña, Cerdeña, Sicilia y Napoles. Todos piensan que la potencia de Carlos V resolverá su propio problema su particular situación social o colectiva; que defenderá su punto de vista todas las cuestiones religiosas o espirituales en las de simple potencia. De aquí que en todas partes halle escritores que le expresen sus particulares ansias y que hagan de Carlos V un prototipo a su gusto. Hay múltiples ideas tantas como cerebros e incluso tantas como argumentos son necesarios para hacer que se ~~hayan~~ abran complacidas las bolsas de los súbditos ante los apremiantes requerimientos del nuevo monarca. Por esta causa creemos que es equivocado intentar definir el concepto de la política de Carlos V a través de los escritos y discursos del momento Hay quien ve a Carlos con la idea tradicional del Imperio y quien hablará de él como señor de la cristiandad y como reorganizador del

espíritu de cruzada medieval. Otros, inducidos por sus ideales humanísticos, le considerarán como sucesor de los antiguos Césares o bien como el intrépido reformador que necesita la iglesia en aquellos momentos de dura polémica dogmática. Y en cada país se le considerará como realizador de sus más antiguos designios. Los castellanos le propondrán que continúe la empresa atlántica, que les ha llevado a América, y la empresa de la Reconquista, que tiene un horizonte muy concreto: lo que el profesor de la Universidad de Valencia señor Jover denomina empresa del mar de Alborán, o sea una política de expansión en las costas berberiscas, pues para Castilla cuando se le habla de un peligro islámico no entiende jamás a los turcos, excepto los panejóricos de los cortesanos sino continuamente a los berberiscos que dominan las plazas de Orán, Argel y Túnez. Para los catalanes como para los aragoneses y valencianos Carlos V deberá ser el hombre de la política italiana, tan vinculados a los designios de su realeza. Y para los italianos la figura del César se verá también con la distinta óptica de sus intereses inmediatos. Y aún hay que tener en cuenta la reacción que en todo ese complejo de mentalidades dispares producirá el efecto de las sucesivas coyunturas reaccionando sobre los intereses de las aspiraciones de cada pueblo y de cada grupo social, forjando una inestigable sucesión de pensamientos y conceptos.

Es en este enmarañado complejo ideológico que debemos situar los primeros horizontes mentales del joven emperador. Cuando se busca con tanto ahinco los orígenes del concepto imperial en Carlos V suele olvidarse la variedad de influencias que se ejercieron sobre su ánimo. No es posible buscar ^{en} una sola línea la formación de su conciencia política y de su mentalidad imperial. Por eso ~~queremos~~ creemos que será superada la actual posición de la historiografía cuando busca, con Brandy y Rasow un Gatinara como definidor del imperio ecuménico carolino o bien, como lo hacen don Ramón Menéndez Pidal y sus seguidores, o bien un espíritu nacional castellano que imprimiría un carácter endeleble en la fisonomía mental del César. Después de las reuniones celebradas con motivo del Centenario de Carlos V y de los artículos publicados por ese motivo esas ideas simples parecen quedar relegadas a un segundo lugar, para dar paso a conceptos mucho más matizados y sobre todo con mayor evolución en el transcurso del tiempo, y que permiten presentar el pensamiento del César con una óptica cambiante al compás de las varias circunstancias que presidieron su vida.

Ciertamente que alrededor de ese poderoso monarca de 19 años se habla de imperio: se lo dice su canciller Gatinara, el obispo de Badajoz, las Cortes de la Coruña, los embajadores y representantes de las ciudades de sus dominios... Pero también se le ~~había~~ ha hablado de su juventud de la tradición dinástica particularista que es preciso servir: la de los Borgoñas y sobre todo la de los Habsburgos, en su doble vertiente antifrancesa y alemana. También se le ha hablado de la ~~devoción~~ ~~devotio~~ devotio moderna, con sus ideales de reforma eclesiástica e intimidad religiosa, y por otro lado sus compañeros en sus ~~12~~ días de Flandes le acostumbraron a esa mentalidad melancólica, ~~había~~ fraguada con espíritu de sacrificio y honor caballeresco, tan típica del otoño de la edad media. Y también ha recibido de su abuelo Fernando el Católico consejos basados en la estricta responsabilidad del soberano en materia de política internacional, en los cuales ha podido influir el enmascaramiento de unas ~~fórmulas~~ ^{necesidades} diplomáticas por unas fórmulas propagandísticas, como el famoso "Guerra contra los infieles y paz entre los cristianos" que tantas veces empleara aquél para garantizar su política italiana frente a las acometidas francesas... Todas esas palabras, esas corrientes ideológicas distintas, se van cruzando en la inteligencia de ese joven de lenta comprensión de habla francesa, desconocedor del alemán y del castellano, sujeto a tan dispares mentalidades nacionales. Dios, ortodoxia, imperio, unidad de poder, misión reformadora, viejas fórmulas con renovados ecos. Pero existe una realidad a la que es preciso atender, que implica de por sí una definición objetiva respecto al mundo que le rodea: Italia, ya que Italia no es sólo el tablero donde ha de dirimirse la supremacía continental, sino que en ella se levanta la Roma Pontificia, frente a la cual Carlos, en tanto que emperador, ha de definirse inexcusablemente.

Equilibrio europeo o Imperio carolino, he aquí los términos del problema y aún con la reserva de que ^{en} la opción para el segundo término ese imperio pudiera definirse como germánico o como hispánico. Sólo a través de las grandes circunstancias de la diplomacia de la guerra pudo definirse claramente el concepto que encerraba la política de Carlos V.

Existe una bisagra que separa en dos porciones distintas la época de Carlos V y que se sitúa entre 1535 y 1540 ~~hasta~~ ~~aquel~~ Hasta aquel momento en el ánimo y en la diplomacia del emperador se suceden una serie de proyectos y de realizaciones absolutamente vinculados a las

concepciones tradicionales de la Casa de Borgoña y de la de Aragón. Si en la frasiología de los momentos culminantes se revela una posición trascendente, muchas veces a doble vertiente, de manera que puedan conjugarse el ideal caballeresco con el estilo del emperador renacentista, en la realidad de cada día Carlos V sigue las líneas maestras de la política de sus predecesores, las cuales le llevan de un lado a oponerse a Francia por la cuestión litigiosa del ducado de Borgoña y por toda la problemática italiana vinculada a la dinastía aragonesa y por otro a tratar de expansionarse en Africa del Norte para hacer frente a la resurrección del poder berberisco estimulado por la ofensiva naval de los turcos. Esa política se centra en un territorio. Y no nos sorprenderá que este sea el ya tan repetido en estas líneas: el ducado de Milán. Si éste era importante en una pura concepción aragonesa de la política italiana, se convierte en pieza esencial de la política del emperador desde el mismo momento en que en Milán confluyen los intereses de Italia, Alemania, España y Francia.

No parece que en el ánimo del emperador el problema del ducado de Milán se haya planteado con toda exactitud en este tiempo. Por lo menos el estado actual de las investigaciones históricas no permite definirnos concretamente sobre este particular. Carlos V se halla afectado por su política borgoñona, que tanto prevalecerá en el tratado de Madrid de 1526, y por los problemas que le crea en el imperio alemán tanto la amenaza turca como la disidencia luterana. Problemas estos últimos de tipo político^y espiritual, pero también de carácter económico puesto que alemanes son los grandes financieros del ~~imperio~~ Carlos V y alemanas, bohemias y húngaras las principales minas que nutren la circulación monetaria en Europa y que avalan los ejércitos imperiales. En todo este período parece prevalecer en el aspecto externo de la política imperial la concepción de Gattinara y de los humanistas erasmistas. El imperio en definitiva como instrumento de grandeza dinástica y de reforma del Papado.

La segunda fase se inicia con la llegada a Europa del metal americano. La riada de oro que desemboca en Castilla desde la expugnación de Méjico por Hernán Cortés y desde la conquista del Imperio de los Incas por Pizarro convierte a Castilla en la principal base monetaria de las empresas imperiales. Los banqueros ~~alemanes~~ y las minas de Alemania quedan suplantadas por los financieros de Amberes y las minas de Méjico y del Perú. Es en este momento cuando Castilla propo-

ne a Carlos V su política. Política que según todos ~~los~~ los pareceres derivados de los tópicos tendría que ser una egitación al imperio ecuménico puesto al servicio de la ortodoxia católica. Pero la realidad es bien distinta y no es que sus aledaños no existan españoles que le inciten a ello, entre otros su confesor, el dominico Pedro de Soto, exaltado partidario de la guerra, que en los días anteriores a la batalla de Mulberg, le presentará el problema protestante alemán como algo que debe resolverse mediante una guerra religiosa, hasta el punto de estar ~~dispu~~ dispuesto a darle todas las facilidades de conciencia incluso para que se apropie los bienes eclesiásticos necesarios si el Papa no accede a otorgarle esta ayuda. Sin embargo al lado de este consejo figuran otros en sentido opuesto que salen del grupo que prefiere mejor "asentar las cosas por blandura". En ese grupo hallamos a Idiáquez, Figueroa y los principales cortesanos, quienes todavía tienen presente los consejos que el cardenal García de Loayza le diera en 1530 y 1531 sobre una política de "mínimo religioso".

Es mi voto que pues no hay fuerzas para corregir que hagais del juego maña y os holgais con el hereje como con el católico y le hagais merced si se igualare con el cristiano en serviros, quite ya vuestra majestad fantasía de convertir almas a Dios.

Ejemplos aislados en uno y otro sentido los hallaríamos al argumentar sobre la realidad de una otra tesis. Más lo que importa es la manifestación del pensamiento de las distintas clases sociales castellanas, reflejadas en las cortes de aquel tiempo y en el grupo de gobierno formado alrededor de la emperatriz Isabel y, después de muerte ésta, del príncipe Felipe. El profesor Hower ha analizado las ideas y los motivos que se desprenden de estas relaciones y ha llegado a la conclusión de que, a pesar de que en aquel entonces empieza a dibujarse una figura mítica imperial que se sobrepone a la auténtica de Carlos V, Castilla ^{mantuvo aún} ~~mantuvo~~ invariables los postulados de su política interior y exterior con que había salido de la Edad Media. En primer lugar, la conservación de estos reinos, y luego la persecución de la reconquista concretada en el espacio bien limita del mar de Alborán. Por esta causa mientras la diplomacia y la milicia de Carlos V se despliegan en forma más imperialista, alimentadas por el tesoro americano que en raudales llega a Sevilla, Castilla se encierra cada vez más en un ^{actitud} ~~anacionalismo~~ receloso. Esta actitud explica la agresiva desconfianza hacia su alteza; la exortación

ción a que mediante la paz con los príncipes cristianos, regresase "a estos reinos"; el silencio satisfecho que acompaña determinados momentos del gobierno directo por el príncipe Felipe. De aquí la paradoja anunciada por el mismo profesor Jover: en tanto la política europea del emperador va a incorporarse plenamente los objetivos de la política exterior catalanoaragonesa, la Corona de Aragón va a quedar sometida a la progresiva hegemonía política de Castilla; ~~xxxxxxx~~ y en tanto esta última -Castilla- va a ver, no sin resistencia, como se proyecta la política europea de España en direcciones ajenas a su propio sentir, la ~~xxxxxxxxxxxx~~ prosecución de su tradicional política de expansión atlántica y americana va a suministrar al emperador, al correr de los años, el más sólido fundamento económico de su política continental.

Esta misma trasmutación de voluntades es la que halla el profesor Juan Antonio Maravall al estudiar las etapas del pensamiento político de Carlos V: Castilla se ve inducida a ~~xxxxxxxx~~ ^{apoyar}, contra su agrado, la política expansiva de conquistas que Carlos V emprenderá a partir de 1549 y que son precisamente el origen de la hegemonía española en Europa.

Esa paradoja, que hoy empezamos a comprender, se manifiesta claramente entre los años 1535-1540, a que antes aludíamos como formando una bisagra entre las dos etapas de la diplomacia carolina. En 1535 el emperador realiza su más memorable gesta: la ~~expugnación~~ expugnación de Túnez, y a renglón seguido, después de un viaje ~~xxxxxxxx~~ triunfal por las ciudades de Sicilia y Nápoles, expone en Roma, ante el Papa su programa político en el que efectúa, de manera indudable, su declaración de rey hispánico, en el famoso discurso en que proclama ante Pablo III su personal ~~castellanización~~ ^{hispanización}. Arrenga violentamente pacifista, que concluye en definitiva, con un fracaso diplomático. Pues el Papa, en quien tanto había confiado para poner fin a la rivalidad de Francisco I de Francia, ofreciéndole un lugar en el carro victorioso de su imperio, evidentemente un lugar secundario, prefiere mantener, como otrora hiciera Calixto III frente a Alfonso el Magnánimo, la independencia espiritual de la Santa Sede en un sistema armónico de equilibrio europeo. Precisamente, poco después, cuando ~~xxxx~~ en medio de los sinsabores de un nuevo conflicto con Francia y ante el desarrollo considerable de la Liga de la Esmalcalda en Alemania, agobiado por los apuros financieros y agotado con creces los recursos que esperaba recibir de

América, sin fiadores y sin prestamistas que le hicieran crédito, regresa a Castilla para obtener el país un nuevo esfuerzo que le saque de aquella situación apuradísima, recibe de los castellanos una negativa casi total asecundable. Nos hallamos ante las cortes de 1538, en las cuales el brazo aristocrático y el eclesiástico renunciaron a tomar sobre sus espaldas el peso de la política hegemónica del emperador. En esta grave crisis de su reinado, Carlos V comprendió hasta que punto había fomentado en Castilla los recelos respecto una política de excesiva expansión europea. "Más necesidad tenemos de sacar libertades y procurar las perdidas, que de dar las que tenemos" tales fueron las palabras con que el conde Benevente negoció a apoyar la petición de Carlos V para que los nobles y los eclesiásticos aceptaran el tributo de sisas que Carlos V proponía como remedio inmediato a sus males. Y en ello se mostraba todavía más cauto que no otros compañeros de su mismo estamento, como el ^{adelantado} ~~alcalde~~ de Galicia que pronunciara estas palabras: "En lo que toca a hacienda, yo no la tengo para ofrecer; y, si la tuviera, no la ofreciera. La persona ha muchos días que la tengo ofrecida al diablo, y así no tengo que ofrecer"

Malhumor. Reacciones violentas de un egoísmo que se considera comprometido; pero muestras específicas de la resistencia de parte de Castilla a aceptar los caminos imperialistas que Carlos V les propone. Caminos que por otra parte no tiene más remedio que aceptar. Porque la situación internacional es de tal guisa, o ~~bien~~ bien se efectúa un esfuerzo mancomunado, en el cual Castilla, como cabeza de los reinos del emperador, habrá de ocupar un lugar destacado, o bien se renuncia a cualquier posición estable en Europa. El problema del Mediterráneo occidental se halla sin resolver y de él depende en definitiva que Francia pueda ser contenida en Occidente.

Ha sido mérito de Braudel señalar el nuevo giro que toman los acontecimientos militares a partir de 1543. Por vez primera después de largos años el teatro principal de operaciones en la guerra entre Francisco I y Carlos V se desplaza de Italia a los Países Bajos. Las estrategias imperiales han comprendido por fin que reuniendo en Flandes un poderoso ejército de maniobra, la amenaza que significará para la capital de Francia obligará a Francisco I a desistir de las lejanas operaciones en Italia, que fueron patrimonio de Carlos VIII, Luis XII y de los primeros años de su reinado. Pero para situar en Flandes las picas de los tercios, los abastecimientos necesarios y el dinero para

pagarles era preciso tener una ruta segura. Y esta no podía ser otra que la que unía Barcelona a Génova, Génova-Milán y Milán, a través de los pasos de los Alpes, a Flandes ~~xxx~~ por el corredor Renano. De nuevo hallamos planteada la política que preconizara Alfonso el Magnánimo en los últimos ~~xx~~ años de su reinado: la posesión de Génova y Milán como base para asegurar el reino de Italia.

Esta política, de neta raigambre catalanoaragonesa, fue aceptada a regañadientes por ^{el Consejo Real de} Castilla, ya que implicaba la aceptación de un criterio imperialista en Italia y por ende en Europa occidental. Así nos lo revela el magnífico trabajo del profesor Chabod al referirse a la alternativa que se planteó al Consejo de Castilla en 1544. Como es sabido después de la paz de Crepi el emperador tenía que decidirse entre Milán o los Países Bajos, de acuerdo con unas cláusulas matrimoniales que cedían el territorio desestimado al duque de Orleans. El fallecimiento de éste no dio lugar a la alternativa, pero las opiniones en el Consejo sobre la misma son altamente interesantes. La mayoría se inclinó por el parecer del cardenal de ^{Talier} Sevilla quien sostuvo la conveniencia de conservar Flandes. Tal era la línea política tradicional castellana, la que sostenían los príncipes y los grandes financieros que exportaban la lana de los rebaños de la Mesta hacia las plazas flamencas. En cambio, la minoría dirigida por el gran duque de Alba sostuvo la conveniencia de mantener Milán y abandonar Flandes. Sus argumentos principales eran la imposibilidad de garantizar el ^{seguro} ~~viaje~~ marítimo a través del atlántico y de preconizar la absoluta necesidad estratégica que tenía Carlos V de poseer Milán. ¿Cómo era posible se preguntaba el duque de mantener ^{co}esionados los territorios nacionales si desde el golfo de Rosas al de Nápoles Carlos V no poseía ni un solo puerto seguro? este era un razonamiento aragonés, el duque hacía suyo como principal representante del partido que Castilla había defendido en tiempo de las guerras civiles de Enrique IV la causa de Fernando de Aragón contra la de Francia y Portugal. Pero además el duque de Alba, como muy bien hace observar el profesor Chabod, se había eco del sentir de los generales del ejército de Italia, de los Pescara y de los Leiba, los cuales insistían en la necesidad de mantener el Milanesado a España. Como dice Chabod la posición del duque de Alba demostraba un sentido preciso de la situación general política militar, y de las premisas geográficas a que estaba estrictamente ligado... Tradición estrictamente política, fuerza y

dominio, privada de grandes mitos y por ello indiferente a los recuerdos dinásticos, a los vínculos sentimentales y a criterios ideológicos, solamente dirigida a una valoración de utilidad política de relaciones militares de intereses reales. Era el primer ~~en~~ embrión de la doctrina de los intereses de los estados, un criterio de juicio estrictamente político que se erguía sobre los sueños lejanos del Corpus cristiano y del Imperio español.

De este modo las realidades concretas acaban predominando sobre los valores afectivos que pudiera ~~haber~~ alimentado la persona de Carlos V. Desde 1543 por lo menos el César se siente solo en un mundo que no comprende y del que es incomprendido; un solitario encerrado en su tristeza, cuya única meta consiste en ganar honra y fama perpétua. A través de su existencia y quizás, en contra del ideal que de su reino se formara entre 1520 y 1530, Carlos V ha sido el fautor de la hegemonía española en Europa. Una hegemonía que Castilla ^{quizás} no quería, que logró ^{realizando} secundando los proyectos de la Corona de Aragón y de la diplomacia aragonesa, pero que al fin y al cabo abrazó como propios e intangibles desde la época de Felipe II.

últimos años de Emperador.

J. VICENS VIVES

—
CONFERENCIES

II